

La bomba humana

RAFAEL L. BARDAJI

Profesor de Estudios Internacionales (ICADE)
y Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

JUNTO al factor geográfico, a las reservas de oro, a las toneladas de acero y a los cañones, la demografía ha sido considerada clásicamente un elemento importante, si no esencial, de la potencia de las naciones: ¿qué país podría aspirar a ocupar un lugar prominente en el mundo sin la masa humana necesaria para auparle a la cumbre?

Durante la guerra fría, en plena era del plutonio, el cesio y el litio, el átomo, aplicado en su potencia militar, resultaba en un igualador demoledor de las diferencias entre las naciones. Como decía el general De Gaulle, el átomo igualaba al débil frente al poderoso. Poderoso en hombres, en carros de combate, en suelo, en riqueza. El átomo conllevaba tal transformación en la forma de entender el pulso político entre las cancillerías, que poco importaba el balance numérico de la población de unos y otros. Microestados como San Marino, Mónaco o Antigua no pintaban apenas nada frente a los EEUU, la URSS (hoy Rusia), o China. Sin embargo, un microestado nuclear, esto es, poseedor de armas nucleares, dejaría automáticamente de ser micro para pasar a ser macro o super.

Además, el acelerado desarrollo científico-técnico acaecido desde mediados de los 60, subrayaba el hecho de que el desarrollo es posible sin grandes masas humanas. Es más, parecería que un exceso de población, al contrario, frenaba el desarrollo. Contar con poca población era malo, pero tener demasiada también. Ahí estaban los casos de la India o China, por ejemplo.

Ahora bien, tanto una teoría (la de

que las bombas nucleares volvían superflua la población) como otra (la superpoblación como carga económica) obviaban numerosos aspectos de un complejo problema. En cualquier caso, como ahora volvemos a percibir, no hace falta ser un fiel seguidor de Malthus ni abrazar calurosamente las doctrinas de Haushofer para admitir que se da una relación entre la población de una nación y su poder global, independientemente de lo sutil o débil que pueda ser. Es más, el mundo psicológicamente postnuclear en el que ahora vivimos, así como la desesperación de millones de personas condenadas a la pobreza de por vida, vuelven a poner el tema del crecimiento demográfico en candelero.

MINORIAS Y MULTITUDES

La población mundial tardó miles de años hasta alcanzar un volumen notable. En 1825 se estima que la superficie del globo era habitada por unos 1.000 millones de seres humanos. Sin embargo, sólo 100 años más tarde, en 1925 la cifra se había doblado, llegándose a los 2.000 millones de personas. La disminución de la mortalidad infantil así como sustantivas mejoras de la salud e higiene en general permitieron ese despegue espectacular.

Pero eso no es todo. Cada vez había más gente joven en edad de procrear, de tal modo que el crecimiento de la población siguió -y sigue- un aumento espectacular: de 1925 a 1976 -tan sólo 50 años!- el mundo pasa de 2.000 a 4.000 millones. A menos de 20 años desde entonces, estamos próximos a los 6.000 millo-

nes y los estudios de Naciones Unidas sobre la población mundial señalan que ésta alcanzará cerca de los 9.000 millones de seres allá por el 2025 si se consigue un crecimiento moderado. Otras estimaciones al alza apuntan a una bolsa humana en torno a los 12-13.000 millones o incluso más.

Si se prefiere, todo esto no quiere decir ni más ni menos que cada año se vierte en el planeta un país como Nigeria (con más de 100 millones de habitantes).

Y siendo importante este dato, tal vez no sea lo más relevante, pues lo más importante es que dicho crecimiento se produce de una manera radicalmente desigual. De hecho, más del 95% del crecimiento de la población se produce en países pobres o subdesarrollados del llamado Tercer Mundo. De acuerdo con una estimación moderada del Banco Mundial, en el año 2025 la India contará con 1.500 millones, doblando, por tanto, los 875 que hoy tiene; China tendrá también unos 1.500 millones (desde los 1.200 actuales); y seguirán Pakistán, con 267, Indonesia, con 263, Brasil, con 245, México, con 150, e Irán, con 122.

Globalmente considerado, este crecimiento del Tercer Mundo contrasta con la situación del mundo avanzado, donde la tasa de fertilidad, esto es, el número de hijos que una mujer tiene durante su período fértil, se encuentra por debajo de la tasa de reemplazo social, es decir, el número de niños que tiene que nacer para compensar las muertes, cifra que en estos momentos se sitúa en el 2'1. Pues bien, a principio de los 90, Estados Unidos contaba con



una tasa de fertilidad del 1'8, Japón del 1'7, mientras que la media de los países de la Unión Europea apenas rozaba el 1'58.

Tal vez el caso más dramático sea el español, donde en menos de dos décadas hemos pasado de una tasa del 2'5 a contar con la más baja europea y una de las tres más bajas del mundo, situándose en torno al 1'1.

Las razones de por qué unos siguen criando familias numerosas y otros apenas llegan a procrear son muy diversas y complejas, desde hábitos culturales hasta razones económicas. Y las implicaciones sociales tanto del crecimiento desmesurado como del envejecimiento progresivo de la población también son distintas y variadas. Piénsese, simplemente, las dificultades para garantizar la sanidad y la educación a los más de 10 millones de indios que cada año van a nacer de aquí al 2025. O, contrariamente, los problemas para mantener el sistema de la seguridad social y del estado del bienestar en España, donde la franja de población de la llamada tercera edad no va a dejar de crecer y donde cada vez menos personas tendrán que sostener con su trabajo a niños y adultos y todos los servicios sociales.

Lo que está claro, en cualquier caso, es que la población blanca será

una minoría patente dentro de muy poco tiempo. De cada diez personas en el año 2025, seis serán chinos, indios o asiáticos; dos serán africanos; uno latinoamericano; y uno europeo, ruso o americano del norte.

Si se prefiere un caso más cercano, tomemos directamente nuestro entorno: En 1950 España contaba con 27'9 millones de almas; seguida de Egipto, con 20'3; Marruecos, con 9; y Argelia, con 8'8 millones. Ya en 1988 Egipto había desplazado a nuestro país, al alcanzar la cifra de 50'3 millones; España, con 38'9; Argelia, con 23'9; y Marruecos, con 23'5 millones. La proyección moderada de los estudios de las Naciones Unidas sobre la población en el 2025, esto es, dentro de apenas 30 años, dan el siguiente cuadro: en primer lugar sigue Egipto, con 90'4 millones de seres; sigue Argelia, con 50'6; después Marruecos, con 40 millones; y, finalmente, España con 38.

DE RICOS A POBRES

La explosión humana que nuestro planeta sigue experimentando creará problemas de índole global de inmensas implicaciones, presión y degradación de los recursos naturales, agotamiento de las actuales fuentes de energía, urbanización salvaje, au-

mento incontenido de los desechos y contaminación... De eso no cabe duda. Pero también hay otro conjunto de problemas que se derivan de la nueva geografía humana del planeta que no son menos relevantes: 1.000 millones de seres poseerán más del 80% de todas las riquezas mundiales mientras que otros 9-11 mil millones seguirán hundidos en la pobreza. ¿Hasta cuándo las estructuras de poder se mantendrán otorgándole la primacía al conjunto occidental?

Ciertamente, en la medida en que el fenómeno demográfico solo se realiza y cobra plenamente su sentido en el largo y muy largo plazo, muchos de los problemas (y opciones para enfrentarse a ellos) pasan desapercibidos en el frenético calendario de los líderes políticos. Pero no por ellos son menos reales.

De todas formas hay regiones donde son más visibles y sentidos. Primeramente en el Pacífico, donde Australia, una sociedad des poblada, se roza con el arco indonésico, sede de uno de los crecimientos más notables. La segunda región es, desgraciadamente, donde vivimos: Europa y más específicamente, su frontera Mediterránea.

Según las Naciones Unidas, la Europa comunitaria de principios de los 90 contaba con 324 millones de seres frente a un Norte de Africa (incluida Mauritania) que representaba la mitad, 160 millones. En el 2025, los 12 (excluyendo las nuevas adhesiones) habrán crecido tan sólo de 2 a 5 millones, esto es, contarán con unos 326-329 millones, mientras que el Norte de Africa habrá doblado su población y sobrepasado a la de sus vecinos europeos, con unos 364 millones.

Y eso no es todo. Una población que apenas crece quiere decir, como ya señalamos anteriormente, que es una población vieja, con creciente escasez de jóvenes. Y, de hecho, Europa pasará de tener 75 millones

de jóvenes a finales de los 80 a una cifra ligeramente superior a los 50 allá por el 2025. Por contra, en África (en su conjunto) se habrá pasado en el mismo periodo de tiempo, de 78 a 480 millones de jóvenes de menos de 25 años.

Garantizar empleo o una vida digna a las oleadas de jóvenes que cada año llegarán a su edad de trabajar, una auténtica marea, es del todo imposible. Exigiría, según los expertos, un crecimiento económico sostenido del 10% anual cuando hoy muchos países ni siquiera alcanzan el crecimiento 0, siendo más pobres cada año.

Para muchos de ellos su única salida será la emigración, del campo a la urbe, de una región a otra y, sobre todo, de su país a sus vecinos ricos, a Europa. Si tan sólo uno de cada diez intentaran pasar de orilla, significaría que en los próximos 10 años los europeos tendrían que hacer frente a una emigración de más de 10 millones de personas buscando un puesto de trabajo.

Se trata de una cifra a la que nunca se había tenido que dar respuesta. La emigración anterior se realizaba lentamente y en unos números poco abultados. Sin embargo el fenómeno

ahora no sólo es nuevo sino que de producirse, se plantea en un período temporal más condensado. Es más, la experiencia integradora de las bolsas de emigrantes en países como Francia, Inglaterra y Alemania han puesto de relieve el fracaso de las políticas de integración, fracaso pronunciado ahora más con el revivir del sentimiento religioso en muchos pueblos.

EL DESARME DEMOGRAFICO

Para dar respuesta al reto demográfico, la ONU convocó una asamblea extraordinaria durante 10 días del mes de septiembre de este año en el Cairo. Allí muchos de los males volvieron a ser identificados, así como las más de las terapias ideales: frente a la pobreza, crecimiento, frente a la emigración forzosa, enraizamiento al elevar las expectativas de una vida mejor, más y mejor educación para todos... El problema sigue siendo que los países con un crecimiento demográfico galopante confían en que seamos los ricos los que forcemos el cambio estructural mediante inyecciones de dólares, que es la misma opción que venden los ricos. Desgraciadamente, es tan

inmenso el volumen de capital necesario y tan poco el tiempo con el que se cuenta, que resulta más bien una piadosa alternativa.

Es más, no todos están de acuerdo en lo más básico: en el control de la natalidad. No todas las culturas ven en el exceso demográfico un mal per se. Es más, frente a dicho control natalicio se han alzado dos poderosas instituciones: el Vaticano y los Ayatolas de Irán.

En fin, España, Europa, están pasando por una depresión demográfica de difícil curación. Y los vacíos tienden siempre a ser llenados. Es más, una cierta emigración es necesaria para sostener el crecimiento económico en los próximos años. El primer problema se plantea en la mezcla o mestizaje cultural, con las tensiones que eso ya está conllevando. Y, en segundo lugar, en cómo controlar temporalmente el flujo migratorio. ¿Se imagina una nueva Madrid cada año durante varios años seguidos? No hay sociedad que, como tal, pueda asimilar eso. Y sin embargo, ese parece ser nuestro destino. ¿Acaso se da cuenta usted de cuantas nuevas Madrid hay en el mundo en lo que ha tardado en leer este articulo? ■

Efemérides aeronáuticas

NOVIEMBRE.- El 20 de este mes del año 1917 moría al ser derribado su Spad en combate aéreo en el frente de Flandes, el capitán portugués Oscar Monteiro Torres que formaba parte de la escuadrilla de caza, francesa, nº 65, la de las famosas «cigüeñas».

Cayó en territorio enemigo y fue enterrado con honores por los alemanes.

Francia le haría caballero de la Legión de Honor y le concedería la Cruz de Guerra a título póstumo, y el Gobierno portugués le otorgó la Orden de la Torre y la Espada y la Cruz de Guerra.

Durante la Guerra Europea los aviadores portugueses participaron encuadrados en escuadrillas francesas.

Larus Barbatous